

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Director. Profesor JORGE E. CAVELIER

VOL. IV

Bogotá, julio de 1935.

N.º 1.º

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL PROBLEMA DE LA PROSTITUCION EN COLOMBIA

Por el doctor Víctor J. Piñeros y Piñeros,
médico del Consultorio Externo del Instituto
de Higiene Social de Cundinamarca.

El problema de la prostitución es en todas partes y más entre nosotros, un problema muy complejo, que importa desentrañar y estudiar en sus principales aspectos: así, hay que considerar la prostitución en sí, y luego en sus relaciones con la sociedad y sobre todo en su aspecto sanitario.

Es indudable que desde el punto de vista de la esencia de la prostitución en sí, y la prostitución como fenómeno social.

La prostitución en sí o individualmente considerada, es el acto por el cual la mujer, por dinero o su equivalente, se entrega a cualquier hombre, sin distinción alguna, y permite el uso o abuso de su cuerpo. Pero antes de seguir adelante es bueno hacer una observación respecto al objeto del acto de prostituirse. Es claro que cuando el acto carnal viene como resultado de un estado fisiológico y pasional que tiende a completarse, que tiene un ideal: la satisfacción placentera de un instinto entre dos seres que se juntan por la fuerza de sus inclinaciones afectivas y fisiológicas, es claro que no hay prostitución propiamente dicha, pues en el concepto de ésta entra desde luego la desviación de los sentimientos y fuerzas ideales o afectivas, y su postergación por elementos extraños. Pero es claro que desde el punto de vista sanitario, no se pueden tener en cuenta estos casos, pues tanto uno como otros pueden ser manantiales u orígenes de propagación de enfermedades venéreas: pero es conveniente observar también, que siendo los casos de inclinación natural los más limitados, y que no jugando la promiscuidad sexual un papel tan grande como en la verdadera prostitución, siempre es bueno tener en cuenta en la consideración de los diversos casos y problemas sociales, este aspecto de la cuestión. De lo anteriormente expuesto se deduce que en el concepto de prostitución, entra como elemento primordial, es decir, aquello que le da su sello característico y esto es punto que la hace más peligrosa: La tendencia de la

utilidad mercantil con prescindencia de cualquier otro móvil ideal o sentimental; la desviación del objeto natural del acto sexual y su reemplazo por el móvil de lucro y por tanto de profesión o arte que sirva para ganarse la vida. Esto es lo que imprime el sello característico de la prostitución; porque los fines del acto sexual son dos: Primero la procreación, que es el fin de la especie; segundo, la satisfacción noble y sentimental de un placer que viene como consecuencia de la mutua compenetración y afinidad de dos seres, y éste es el fin del individuo. No necesitamos explayar más para hacer comprender que ninguno de estos dos fines se llenan en la prostitución.

Las consideraciones anteriores muestran claramente la prostitución en sí. Ahora, ¿por qué se presenta la prostitución en la sociedad? ¿Qué especie de sino fatal es el que guía este fenómeno terrible y destructor al través de la evolución humana? Sin prohibir doctrinas evolucionistas y transformistas exageradas, y sin que a nuestras palabras se les pueda achacar la más leve sombra de materialismo, formulamos la explicación siguiente:

El hombre, que es la suma y compendio de los organismos, tiene que reproducir en su ruta evolutiva, las diversas etapas de las especies animales, y luego superarlas. Si nos fijamos atentamente en los organismos vegetales, vemos que allí no hay selección de un individuo sexual del sexo opuesto, sino que todos pueden fecundar a todos; y aun la especialización sexual de los organismos inferiores, tanto animales como vegetales, está apenas esbozada, pero a medida que se sube en la escala ascendente de las especies esta diferencia se hace más aparente hasta llegar a toda su nitidez y claridad que presenta en la especie humana, pero la diferenciación sexual ha traído como consecuencia en los primeros estudios de la historia humana, un fenómeno muy natural, dadas las pasiones y la fuerza de los instintos, y este fenómeno es la promiscuidad sexual, de donde ha nacido la prostitución. Pero como esta diferenciación sexual tiende a superarse y especificarse, esta promiscuidad se ha ido limitando a grupos raciales, y mientras el individuo sea más especializado tenderá más a seleccionar su tipo sexual contrario; de aquí una tendencia natural muy humana y civilizada hacia la monogamia. Con estas consideraciones nos parece queda destruido por su base aquel tan decantado principio o teoría sobre la necesidad absoluta de la prostitución.

¿Qué representa la prostitución como fenómeno social, como fenómeno psicológico? Quizás sea un aspecto especial de la selección; un proceso especial de eliminación de individuos poco aptos para la vida, de verdaderos detritus del cuerpo social. Varios hechos clínicos, si pudiéramos hablar en ese sentido, nos justificarían esta hipótesis: Primero la existencia de prostitutas por herencia y que presentan estigmas de degeneración. Segundo, la escasa natalidad entre las prostitutas. Tercero, la susceptibilidad especial a ciertas influencias que las aniquilan

rápidamente, y las hacen desaparecer prontamente del ambiente humano. Cuarto, la coexistencia de la prostitución con el alcoholismo, las enfermedades venéreas, la locura, la criminalidad, y en fin, todos los flagelos por los cuales una sociedad se agota. Todas estas coexistencias están probando que la prostitución es una forma de degeneración social, y por consiguiente una modalidad de que se vale la selección para eliminar los detritus del cuerpo social. La historia también nos enseña que las grandes catástrofes humanas vienen siempre acompañadas de una relajación profunda de las costumbres, y por consiguiente del aumento de la prostitución. No fueron los Bárbaros quienes determinaron la caída del Imperio Romano, sino la molicie y prostitución que sucedieron a la austeridad de los Sincinatos, Gracos, y demás patricios de la República Romana. El aumento progresivo de los prostíbulos fue inmenso en la Roma imperial, y quien quiera convencerse de ello, que lea el *Satiricón* de Petronio y verá hasta qué grado de degradación llegó el espíritu romano. En fin, en todos los grandes cataclismos se encuentra siempre el aumento de la prostitución. Varios autores italianos hicieron una estadística concluyente sobre el aumento de la prostitución durante la guerra europea.

Pero también se puede ver en la prostitución un desdoblamiento de la conciencia humana, el despertar en los países civilizados de los instintos dormidos de la especie primitiva, el revivir de la promiscuidad sexual y amor brutal, adaptados al ambiente moderno y civilizado. Este modo de concebir la prostitución, explica por qué ésta es más propia de las ciudades que de los campos, pues en éstos es más cercana la vida al espíritu primitivo y da más lugar a promiscuidad sexual y al amor brutal, que a la verdadera prostitución.

Es indudable que en la consideración de este problema de la prostitución y su necesidad más o menos relativa, no entra en juego el factor libertad, pues a despecho del individuo y de la sociedad, la prostitución existe; pero un conocimiento claro y cabal de las causas que la producen, sí puede conducir a restringirla, moralizarla, y a la larga a exterminarla. Es indudable que con una plumada teórica no se puede abolir la prostitución, pero sí se pueden dar los pasos conducentes para conseguir a la larga este objetivo.

También es conveniente observar aquí lo que se entiende por prostitución. Si por prostitución se entiende toda relación sexual ilícita, claro está que es imposible abolirla, pero si por prostitución se entiende el uso ilícito de la mujer en lugares especiales para ello, con un fin de lucro, y como una práctica constante de relajación y haciendo de esta práctica un medio ambiente, y un medio ordinario de vida, es evidente que sí se puede acabar con ella, y que debe acabarse; pero para llegar a este resultado hay que emprender primero un estudio muy intenso de los factores que provocan este medio especial de vida y este ambiente de que hemos hablado.

Mucho es lo que se habla de la ignorancia como productora de prostitución, pero para comprender su importancia en la génesis de la prostitución es menester fijar el sentido de esta ignorancia, porque de su interpretación escueta y abstracta, y las medidas conducentes que de aquí puedan seguirse, quizás puedan resultar perjudiciales.

Al hablar de ignorancia no me refiero a la falta de conocimientos culturales: Es claro que un cierto grado de analfabetismo, puede coexistir con un cierto nivel educativo, y una cierta preparación para afrontar situaciones difíciles en la vida que puedan poner en peligro la parte más delicada de la mujer. Al contrario, una desadaptación al medio ambiente y una trasplantación repentina a un medio cultural superior, pueden acarrear peores desastres que la absoluta ignorancia.

Aquí nos referimos a aquella atmósfera de misterio y de ocultismo que rodea y envuelve a los ojos del niño, los problemas sexuales. Aparte de que esta atmósfera de misterio fomenta y crea a su debido tiempo un estado de autoerotismo eminentemente perjudicial, que puede acarrear graves desórdenes, deja al individuo sin defensa y sin ejercitar los medios que puedan servirle para prevenir el peligro, fuera de que no hay fuerzas psicológicas que contrarresten la influencia modeladora del medio ambiente, y poco a poco bajo la influencia de este medio ambiente se falsea o se malforma la conciencia psicológica y social del individuo con relación a la concepción especial que pueda formar se de los problemas o del medio ambiente en que ha de desarrollarse su vida sexual.

A este propósito permítasenos completar o ratificar nuestro pensamiento con la cita de algunos párrafos de un aparte del informe que en alguna ocasión ya pretérita, uno de los suscritos hubo de rendir al señor Secretario de Gobierno del Departamento.

Hablando en ese entonces de los problemas de la prostitución en relación con la educación y la instrucción, decía lo siguiente: "Sirve de línea directriz en la consideración de este problema el hecho palmario de que más del 85% de las mujeres que concurren al Dispensario son analfabetas, y si se considera que el 15% de las restantes apenas si sabrán leer o escribir sus nombres, podrá decirse que la totalidad de estas mujeres carecen de instrucción. Pero no es el hecho desconcertante del analfabetismo el que más hay que tener en cuenta; bien se comprende que desde el punto de vista de nuestro estudio, el problema no sería tan grande e indicativo de una máxima decadencia del nivel social y cívico de estas mujeres, si ellas tuvieran una idea clara del sentido moral; pero es el caso que por ignorancia e influencia ambientes, que no por depravación, ellas ignoran y están desposeídas de fundamentos éticos que puedan servirles para su regeneración moral; mejor dicho, el medio ambiente y sus complicaciones han desarrollado en su espíritu una modalidad de vida moral en relación con los problemas sexuales, que hace muy difícil su regeneración, porque en la materia prima

individual, si se permite la expresión, y la cual no ha sido todavía cancelada por el ambiente civilizador, es factor primordial el convencimiento profundo consciente e inconsciente (es decir, formado por los factores éticos y sociales que al través de la vida han modelado involuntariamente el sér moral del individuo), digo que es factor primordial este convencimiento profundo para rehacer la estructura moral del individuo. Aplicando estos principios al caso concreto de estas mujeres, he llegado a la convicción de que en su mayoría, no por relajación sino por ignorancia se han formado la idea de que la prostitución puede ser un poco degradante, pero es un medio lícito de subvenir a sus necesidades.

“Esto es más verdadero si se considera que la prostitución en la mayoría de estas mujeres, no empieza de una manera repentina y a edad en que ya los instintos defensivos en los frenos morales estén suficientemente desarrollados, sino que su vida social es un engranaje de factores, dependientes todos de la ausencia de influencias educativas, y que en su impulso progresivo y creciente las conduce fatalmente hacia la vida inconsciente de prostitución. Esto es tanto más comprensible si se considera el hecho de que la mayoría de estas mujeres han iniciado su vida hetero-sexual en una edad que oscila entre los doce y los quince años”.

“También es demostrativo el hecho de que las mujeres de regular nivel social, allí donde las influencias educativas han podido ser de gran provecho, dan un ínfimo porcentaje; la mayoría pertenece a la clase del pueblo. Claro está que los factores ancestrales y atávicos, no son extraños sobre todo en el pueblo, donde el problema del chichismo y sus consecuencias, adquieren cada día proporciones más alarmantes, por estos factores atávicos y ancestrales perduran y perdurarán mientras influencias educadoras poderosas y profundas no los extirpen”.

No queremos ni pretendemos explayarnos más en la consideración abstracta o práctica de estos asuntos relacionados con la educación sexual, pues nos saldríamos del tema encomendado a nuestro cuidado; pero lo dicho sí basta para hacer comprender cómo el ambiente de nuestro bajo pueblo no es el más propicio para luchar con éxito contra la propagación en él de la prostitución, y cómo es necesario modificar este ambiente, y en el sentido en que hay que hacerlo para asegurar éxito a la campaña cultural contra la prostitución y las enfermedades venéreas.

También se ha hablado de la seducción como productora de prostitución. La seducción, bien se considere ésta como el episodio de un amante que seduce a una mujer, o bien como el resultado de los halagos o lazos con que suelen aprisionar a sus víctimas las sutiles proxenetas, representa en estos ajetreos de la prostitución, el final de un proceso de causas y efectos que han ido hilvanándose, sucediéndose unos a otros, hasta terminar en la prostitución. Si se recorre la triste histo-

ria de estas mujeres, se verá que en casi todos los casos figura la seducción; pero si se ahonda un poco más, y se inquieren otras causas, aparece aquélla como el simple epílogo de un medio ambiente viciado en muchos de sus aspectos: una miseria degradante, una relajación de los vínculos familiares, una ausencia completa de influencias moralizadoras, una despreocupación constante o una mala inteligencia de las ideas religiosas, influencias ancestrales y atávicas que puedan traer como consecuencia el haber heredado una lascivia congénita que se desarrollará a la hora de la pubertad o precozmente bajo las más nimias influencias, una constitución psicopática heredada, fomentada y desarrollada por el medio ambiente; los casos de histerismo, de monomanías y de aberraciones suelen presentarse en cierta clase de mujeres públicas; en fin, la seducción puede encontrar uno de estos terrenos, y fácilmente hará estallar el fenómeno definitivo. Es, pues, la seducción el final de un drama de muchos actos dolorosos y trágicos. De otro modo toda mujer seducida vendría a engrosar el ejército de la prostitución; pero, tal vez no es así, y quizá la mayoría no tienen el vicio latente que las encadena, y pueden reaccionar y evitar el peligro. No así la trasplatación y desadaptación repentina del medio ambiente; quien haya observado de cerca a un niño podrá haberse dado cuenta fácilmente de lo endeble y quebradiza que es su constitución psíquica, y de la influencia que pueden tener los cambios rápidos de ambiente, y sobre todo la facilidad de adaptación que tiene para los placeres y la comodidad. Desde este punto de vista parecen más susceptibles los niños cargados de una mayor proporción de sangre blanca, caso en el cual pueden encontrarse la mayor parte de las niñas aldeanas. Si en este estado de psiquismo y de espíritu (entendemos por psiquismo no solamente los fenómenos estrictamente intelectuales y volitivos superiores, sino aquella compenetración de éstos con la sensibilidad y la fantasía), y en la ausencia de influencias ambientes educadoras, que hayan ido modelando la reflexión que puede despertarse, en un momento dado, sufre una trasplatación brusca, es muy posible que el choque, cuando los halagos e incentivos de la pasión inconsciente sobrevengan, tenga una influencia decisiva en la ruta moral que haya de seguir, y que no hubiera tenido lugar al haber permanecido en un ambiente bajo y proporcionado a su condición social.

No es extraño y utópico el caso de la niña a quien el padre, aldeano de buen corazón, pero soez y brutal en su exterior, repugnante e infeliz en su vestido, acostumbrado él y su familia a la escasez y a la grosería y a la falta de ambiente civilizado, hechos a la dureza de la vida campestre, lidiando con animales y compañeros rudos y soeces, decimos, no es extraño que la niña trasplataada de este medio ambiente a la ciudad, internada en un colegio donde sus compañeras lucen trajes vistosos, donde, en fin, respira una atmósfera distinta a la de su pobre villorio natal, al volver al pobre caserío y sumirse nuevamen-

te en la grosería de una vida ruda y fuerte, y sin haber tenido tiempo de formarse un sólido ambiente espiritual, no es extraño se desquicie su sensibilidad moral, y coja por los atajos que preceden a la prostitución por creer encontrar en ésta el ambiente de sensibilidad, de lujo, de placer, de comodidad y de abulia elegante y despreocupada, cosas éstas que no puede ofrecerle la vida hogareña, retirada y miserable, de sus padres. Si a esto se une la presencia de un amante que le ofrezca un mundo espléndido y brillante, la tragedia quedará completa y la pobre víctima del medio y de la incomprensión paterna, no tardará en seguir por los senderos de la prostitución, para sufrir luégo todos los desengaños y todas las miserias de esta triste vida, y ver el cuadro de la desolación espiritual, sin que ella pueda reaccionar, y sin que se le tienda una mano compasiva para sacarla a flote en este naufragio de todo su sér moral.

La miseria es indudablemente la gran causa de la prostitución, o si se quiere es el resumen de todas las demás. En este punto hay que considerar a la miseria como un doble círculo sin salida cuyos efectos son la prostitución, la criminalidad, etc., y a su vez estas consecuencias crean la miseria. La miseria indudablemente ha sido la creadora del medio ambiente propicio para incubar y hacer aparecer la prostitución. La miseria a la larga trae la ignorancia, la degradación social, la relajación de los vínculos familiares, la relajación de las costumbres, y sobre todo, la promiscuidad sexual obligatoria, o mejor dicho forzada, pues la vida en conjunto de seres de diferente sexo, en donde por otra parte los estímulos morales y sociales han ido decayendo paulatinamente, llevarán progresivamente, a los individuos afectados, a una promiscuidad sexual, que luégo pasa a una verdadera prostitución vil y degradante. Nosotros quisiéramos haber presentado una estadística probativa al respecto, extraída de todos los casos que llegan a la Inspección de Policía sanitaria del Instituto de Higiene Social, sacados en su mayoría, no de las casas de lenocinio, sino de los hospedajes, de las casas de asistencia, de los inquilinatos, de las sancocherías, de esas tristes covachas dinde sucumbe un pueblo de hambre y de degradación; "donde se hacinan, se amontonan, se conglomeran multitud de mujeres miserables, la mayor parte jóvenes y niñas ignorantes, carcomidas por las enfermedades venéreas, y con el alma y la vida envenenadas por la miseria y la amargura". Así se expresaba uno de los suscritos en el informe que en el año de 1931, le hubo de rendir a la Secretaría de Gobierno del Departamento. Hoy no hace otra cosa que confirmarse en sus puntos de vista de entonces. Lástima que la brevedad de nuestro trabajo, y la premura del tiempo, nos impidan presentar esta estadística.

Otro de los manantiales de donde brota una oleada inmensa de prostitución, y más que de prostitución, de una promiscuidad sexual abyecta y degradante, es de las chicherías; se puede decir que en aquellos antros de intoxicación y de enfermedad es donde se encuentra el

manantial que surte los lenocinios de baja clase. De allí, donde se degrada todo noble sentimiento, es de donde salen, las unas para ser víctima de la lascivia de los hombres, los otros para desahogar allí sus instintos feroces, y las embriagueces lúbricas de aquel repugnante licor, cuyas últimas consecuencias van a recogerse en un hospital o en una cárcel. Nosotros quisiéramos que, como medida de investigación científica y social, y de comprobación a nuestros asertos, se hiciera un estudio detenido del medio ambiente de las chicherías, se sometiera todo el personal de éstas a un examen médico, serológico, bacteriológico y antropológico sumamente estricto, y entonces se vería si hay exageración en nuestras apreciaciones.

Si a la consideración de todas las causas enumeradas antes, que son las que obran de una manera especial en el pueblo bajo de las ciudades, añadimos ésta de la chicha, se comprenderá fácilmente que una mujer joven, más o menos inocente, ingenua e ignorante en grado sumo, sumergida hoy y mañana en un medio ambiente tan viciado, intoxicada por la chicha, tenga que sucumbir fatalmente y entregarse a una vida de verdadera prostitución o a una promiscuidad sexual; no se sabe cuál de estos dos estados es más degradante y peligroso; el uno no es sino el complemento y el epílogo del otro; porque una mujer degradada ya por la promiscuidad con un número más o menos grande de hombres, acabará por hacer de esto un método ordinario de vida y una profesión que le permita el sustento diario.

El ambiente superficial de la vida moderna viene a dar una pincelada negra en este cuadro que pareciera de luz del diario vivir, y viene a ser uno de los factores favorecedores en el estallido de la prostitución.

Parece una paradoja insultante hablar de ambiente de lujo en nuestro bajo pueblo, pero si se considera la cuestión desde un punto de vista más psicológico, se ve que tal vez no es contradictorio el punto en que queremos colocarnos. No hablamos de lujo en las clases desvalidas sino del ambiente que se respira hoy por todas partes. Desde la casa del rico hasta la covacha del pobre sólo hay una aspiración: el lujo y el placer, lo cual se resuelve en último análisis en el placer sexual. La gran dama que pasa en una atmósfera de seducción, de brillo, de placer y de belleza; la peliucña que se exhibe en el cine, que exalta la pasión y el ardor imaginativo, fomenta la superficialidad de la vida, y la aspiración al lujo voluptuoso; ¿no serán éstos otros tantos incentivos, que harán palpitar de anhelo a la pobre e infeliz espectadora, que desde su asiento de galería asiste al doble drama de su alma y de su sensibilidad fantástica, y aquel otro que contempla en la pantalla y que muchas veces no es sino el epílogo de su tragedia? Qué rato es, pues, que un ambiente así vaya labrando poco a poco su obra destructora, y que encuentre en una clase social determinada, desposeída de defensa, impreparada y sin medios de reaccionar, las víctimas, que para equipararse en lujo y en brillantez, no paran mientes en seguir por el

camino más fácil, que en su loca ingenuidad creen les proporcionara todo lo que ansían.

La herencia de la prostitución presenta a veces todos los caracteres de un fenómeno morboso. Se observa una avidez en un todo análoga a la avidez alcohólica. Hay mujeres que colocadas en cierto medio tienden fatalmente a la prostitución. Conocemos el caso de una muchacha, quien habiendo palpado todas las desgracias, todas las decepciones, toda la tragedia de una hermana que habiendo sido seducida había seguido el camino de la prostitución, no vaciló en seguir la misma pendiente. Y es curioso observar que en estos casos no es la tendencia libidinosa el motivo que las impulsa. Muchas veces se observa una libido poco acentuada y un estado de frigidez marcado, y muchas veces no es el goce sexual lo que las lleva a optar por esa vida. Entre los casos curiosos a este respecto, es muy conocido de todos los que hemos intervenido en estos asuntos, el de una muchacha, conocida con el nombre de "la virgen". Esta muchacha ha sido capturada por la policía sanitaria de Bogotá no una sino muchas veces, en la mayor parte de los lenocinios de la ciudad. Examinada cuidadosamente siempre se le ha encontrado virgen, y ella confiesa no haber tenido nunca relaciones sexuales con ningún hombre, y confiesa igualmente el haberse acostado con muchos sin haber realizado el coito con ninguno. A pesar de esta vida de burdel y de bohemia sexual, manifiesta una repugnancia invisible hacia las relaciones sexuales. En estos casos, quizá se trata de una disociación entre el placer imaginativo y la fruición física. Tal vez la psicoanálisis y los métodos freudianos pudieran iluminar el problema. No es raro observar una amalgama trágica en individuos unidos por lazos de parentesco consanguíneo. En una misma familia se ha observado la tendencia a la depravación, unida con antecedentes familiares a la avidez alcohólica, y a la tendencia al suicidio. La blastoforia o perturbación de la herencia podría también explicar muchos de estos casos.

Quizás el estado accidental de los padres podrá tener influencia sobre las deformaciones psíquicas de los hijos. El doctor Jorge cita el caso de una pareja de vagabundos, quienes al través de la historia de unas cuantas generaciones, se encargaron de poblar los manicomios, los prostíbulos y las cárceles.

Varios autores italianos, entre ellos Lombroso, y algunos alemanes, Kraft Ebing y Magnus Hirschfeld, y el francés Parent Duchatelet, han encontrado una predisposición inmensa en las prostitutas a la epilepsia o por lo menos a los estados epileptoídes. Entre nosotros no es frecuente encontrar en las prostitutas estas anomalías, pero sí se encuentran impulsivas, y los tipos histeroides, aun cuando no con frecuencia, y el tipo de la degenerada histérica con aberraciones sexuales fantásticas, y con verdaderas perversiones dependientes de una combinación de su estado psíquico (influido poderosamente por el ambien-

te) con perturbaciones congénitas y con tipo clásico de histeria sexual, también se ha encontrado este tipo, aun cuando muy raro.

Si se consideraran estos casos, teniendo en cuenta que el alcoholismo, ya hereditario o ya adquirido, produce estos tipos, se vislumbra una unión latente y secreta, pero muy íntima entre estas dos clases de fenómenos, y si a esto se añade la avidez alcohólica fatal en muchas de las prostitutas, se acentúa todavía más el parecido clínico de estos dos estados: prostitución y alcoholismo. Es claro que no nos referimos sino a aquellos casos que hemos estudiado rápidamente, y que Lombroso había ya designado con el nombre de "prostituta innata". De ninguna manera podemos generalizar, pues bueno es decirlo que entre nosotros, más de un noventa por ciento de las prostitutas son ocasionales y que si se encuentra en ellas con mucha frecuencia la afición muy grande a las bebidas alcohólicas, es cuestión más bien de medio ambiente que de constitución congénita. Pero de todos modos sí hay entre nosotros la prostituta innata, aun cuando muy escasa. Al lado de estas pobres mujeres, encadenadas a seguir por influencias ancestrales el camino de la prostitución, se encuentra la gran mayoría a quienes el medio ambiente ha arrojado también por esa senda, pero a quienes prestándoles un poco de protección, y sobre todo de comprensión humanitaria y caritativa, se les puede encauzar por los senderos del trabajo honrado y dignificador. Hé aquí el objetivo de la Sociedad de Patronato que hemos propuesto, y cristalizado en el proyecto de decreto que próximamente será presentado a la Gobernación de Cundinamarca. Pero sería también una injusticia abandonar a aquellas pobres criaturas, en quienes la sangre y los vínculos féreos de una herencia fatal han encadenado a la prostitución. El Patronato podría tener una sección especial que se ocupa de estas mujeres, en quienes mediante un estudio científico y comprensivo del problema, pudieran despertarse equivalentes sexuales adormecidos, rasgos desconocidos, pues no hay que olvidar que toda naturaleza se defiende, y hacer de ellas tal vez elementos útiles para la sociedad.

Como complemento del Patronato propondríamos la creación de una institución o casa para asilar mujeres públicas, quienes no quieran seguir en su vida de prostitución, y a quienes se les dificulta, por sus antecedentes y el medio social en que han vivido, la regeneración y el ingreso en la vida honrada. Esta casa podría aspirar a formar obreras en la categoría inferior; empleadas, enfermeras, aptas en pequeñas industrias, etc., para mujeres de superior nivel social y cultural. Esta institución, desde el punto de vista sanitario, tendría una gran importancia, pues a la vez que se prestaría para hacer un estudio verdaderamente científico sobre un personal, sujeto continuamente al control médico, disminuiría bastante los focos de propagación venérea. Desde el punto de vista ético y social no hay que recalcar, pues a nadie se ocultan los benéficos resultados que podrían obtenerse de tamaña

institución. El progreso y el auge de ésta serían la consecuencia natural de la labor caritativa, humanitaria e higiénica del Patronato. De la prosperidad de la una se deduciría la actividad y la inteligencia desarrolladas por la otra. La creación de esta institución es tanto más digna de tenerse en cuenta si se considera que uno de los caracteres de las prostitutas es la abulia y el deseo de llevar una vida muelle, voluptuosa y cómoda sin trabajar. Esta abulia es unas veces un carácter congénito, y quizá un rasgo de degeneración, otras es el resultado de fuerzas psicológicas que han obrado y modelado el sér moral de la mujer en su vida de prostitución. Así el pesimismo, el ambiente de orgía, las mismas enfermedades venéreas, el alcoholismo y el medio ambiente han sido los criadores de este letargo moral; estado el más peligroso de todos y el más difícil de vencer. Pero una vez aislada la mujer de su medio ambiente que la mantiene maniatada y esclavizada, es un estado que cada día se agrava más y del cual es imposible que reaccione por sí misma, y trasplantada a un medio apropiado, podría obrarse maravillosamente sobre este sér psicológicamente endeble y sugestionable, y fortalecer su voluntad y su corazón, porque a nadie se le oculta que en la mujer hay que obrar por el sentimiento, tanto más cuanto que el origen de muchas prostitutas no ha sido otro que la desviación de ese mismo sentimiento en sentido depravado e innoble. Si se le encauza por verdaderas sendas de amor y de cariño hacia un fin elevado, se podrá conseguir inmensos resultados, pues el fuego está allí latente pero fácilmente puede resurgir.

Sin crear estas instituciones, sin desarrollar una labor grandiosa en este sentido, es imposible acabar con las casas de lenocinio, que son el foco de degradación moral, física y psíquica, y uno de los manantiales de propagación de las enfermedades venéreas.

Ya que tratamos de este punto, es bueno considerar uno de los aspectos que hacen más peligrosos los lenocinios o burdeles: es el alcohol. Pasamos a estudiar rápidamente esta cuestión.

El proceso del alcoholismo agudo se desarrolla, a grandes rasgos, en dos etapas: Es la primera una etapa de excitación nerviosa e intelectual, en la cual ejerce su poderosa sugestión el incentivo sexual. El erotismo en este estado caldea al individuo, y lo hace olvidarse de cuanto no diga relación a la satisfacción inmediata del placer sexual. Colocado el individuo en esta pendiente, es muy difícil que tenga el discernimiento y la serenidad convenientes para prevenirse con medios profilácticos apropiados, tanto antes como después del coito. Pero hay otro aspecto de la cuestión, y es que dado el estado de excitación cerebral y emotiva del individuo, producido por el alcohol, no se satisface con la primera eyaculación. Si a los peligros que han aparejado a un primer coito, se añaden los de la repetición del acto, éstos se duplican, pues tienen que ser mucho más intensos; el estado de irritación de los órganos pelvianos, la irritación de las mucosas, y por consiguiente la

facilidad de recepción de los gérmenes, susceptibilidad a los traumatismos y erosiones; el aumento de las mucosidades y secreciones de las vías femeninas aumentadas por la excitación del orgasmo doble y de la orgía, y que hacen revivir gérmenes morbosos que podían estar alejados por el reposo, la larga permanencia dentro de un medio infectante en demasía, como tiene que ser el de las vías genitales de mujeres afectadas de lesiones blenorragicas, o con lesiones específicas, como es el caso muy frecuente entre las mujeres de burdel.

Está la segunda etapa del alcoholismo agudo, caracterizada por la obnubilación e inhibición progresivas de las facultades intelectuales superiores, y el despertar cada vez más pujante de los instintos feroces del individuo, por normal que éste sea. Bien es verdad que este estado termina por la depresión intensa, que anula por completo la actividad individual; pero también es verdad que mientras llega este estado de las funciones emotivas, ha corrido tiempo suficiente para entregarse a todos los excesos y exponerse a todos los peligros de una contaminación prolongada, que viene a completarse con la ausencia completa de medidas preventivas, que tomadas inmediatamente después de la relación infectante hubieran podido evitar la aparición de la enfermedad venérea. Y es que hay un fenómeno curioso en la narcosis producida por el alcohol, como en la mayor parte de las narcosis producidas por estimulantes de los centros imaginativos, y es que a medida que se aumenta el deseo sobreviene la impotencia, de manera que mientras es más fuerte el acicate del ardor imaginativo, la acción de los músculos eyaculadores es más débil, el individuo se debate entre convulsiones de inútil placer; situación ésta que aumenta los peligros de la contaminación, pues siendo los fenómenos subjetivos muy intensos y no pudiéndose efectuar la polución rápidamente, se prolonga el tiempo del contagio.

Pero éste no es sino uno de los aspectos de la cuestión alcoholismo y burdel. ¿Qué se podrá decir del estado de relajación moral, que día tras día se apodera de las pobres víctimas de esta prostitución abyecta y degradante? A la orgía de hoy sucede la de mañana; al escaso pudor de las primeras noches, suceden la desvergüenza, la desfachatez, la depravación y la abyección progresivas de esa escala que sólo termina en un panóptico, en un manicomio, en un hospital o en la tumba de un suicida. Esto por lo que hace a las pobres mujeres víctimas de la pobre vorágine terrible que son los burdeles y las implacables arpías que los regentan. Porque este es otro de los aspectos, y quizá el más repugnante y aterrador, porque aquellas pobres infelices, a más de toda la cadena de desgracias que las mantiene uncidas por sí a la prostitución, tienen esta otra de la esclavitud despiadada y terrible con que las sujeta inmisericordemente el ama de burdel. Caso frecuente es el de que no puedan abstenerse de las relaciones sexuales, aun cuando esté de por medio la prescripción médica, porque la alcahueta, que tiene

alma de avaro, por unos pesos las obliga a que se entreguen al más vil y repugnante de sus clientes.

¿Qué sentirá una pobre infeliz que no puede disponer ni siquiera de su sexo? ¿Cuál será el grado de depresión y de baja a que tiene que llegar en esta vida progresiva y continuada de degradación? ¿Qué rayo de luz podrá iluminar un panorama tan oscuro y sombrío como éste? No es de extrañar que el suicidio sea el triste y desesperado epílogo de algunas de estas vidas truncadas. De lo contrario, sólo una baja o una indiferencia muy grandes pueden mantener aquellas pobres almas desoladas.

Pero no faltará quien diga que suprimiendo la venta de bebidas alcohólicas en los burdeles, y sancionando fuertemente a quienes infrinjan estas disposiciones, podrán remediarse muchas de estas cosas. En la legislación departamental campean muchas disposiciones al respecto, y por mucho que haya sido el celo de los encargados de cumplirlas, siempre han fracasado. Es que no hay que olvidar que el alcohol es la vida del burdel, porque el alcohol lleva parroquianos al burdel, porque es el sustentáculo de la alcahueta desalmada, pues sin éste vería, por un lado, disminuir su clientela, y por otro sus clientes no se entregarían tan fácilmente en brazos de sus venus fatidicas, porque de una orgía sale la otra, y porque sin toda esta urdimbre de lazos que encadenan por una parte y aumentan la ganancia por otra, muchas palomas volarían del nido. Pretender retirar el alcohol de los lenocinios es una utopía irrealizable. Lo lógico, lo humano, lo moral, es suprimir los lenocinios. Llegados a esta parte de nuestra exposición, toca ahora fijar nuestra posición ante el problema tan debatido de la abolición o la reglamentación.

La opinión al respecto se ha dividido en dos grandes partidos: el uno que aboga por la abolición; el otro por la reglamentación.

El primer modo de concebir la cuestión ha optado por dos puntos de vista distintos: en el primero se considera la prostitución como un delito, y entra por consiguiente dentro del Código Penal; el segundo opina por la abolición de toda reglamentación.

Entre los partidarios de la reglamentación también cabrían dos escuelas, o bien, la de los que opinan que debe sujetarse a una reglamentación prolija, sobre todo desde el punto de vista social, o bien la de los que quieren una reglamentación únicamente desde el punto de vista sanitario.

Lombroso, consecuente con sus teorías sobre el delito, y apoyado en algunos datos científicos, ha optado por considerar a toda prostituta como una delincuente, y la prostitución como un delito, que por consiguiente debe ser del dominio del Código Penal.

Del rápido bosquejo que hemos hecho de las causas de la prostitución, hemos visto que en su mayor parte la prostitución, sobre todo entre nosotros, es un producto, más que todo del medio ambiente social,

y que son muy pocos los casos en los cuales pudiera decirse que la mujer se entrega fatalmente al desenfreno sexual llevada por influencias ancestrales. Pero aun colocándonos en este terreno: ¿Cómo puede considerarse a estas infelices como delinquentes e imponérselas sanciones penales y estigmates sociales indelebiles, cuando ellas no han sido responsables de su situación? Este modo positivista de mirar la cuestión es poco conforme con la caridad y la humanidad, que son las que deben servir de normas directivas en la solución de estos problemas sociales.

Josefina Buttler, en el año de 1854, fue quien empezó en la Gran Bretaña a agitar el problema, y logró por fin en su país el triunfo de los puntos de vista del abolicionismo integral. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos hace ya mucho tiempo se han dictado medidas legislativas en este sentido, y son los países que, se puede decir, han adoptado un abolicionismo integral. Pero es el caso que hasta ahora no han podido presentar estadísticas precisas sobre la baja de las enfermedades venéreas, y mientras no se logre este resultado, continúan muy discutibles los puntos de vista del abolicionismo integral. Entre nosotros, para poder fijar nuestro criterio, hay que contestar a esta pregunta, que nos parece fundamental en la consideración del problema: ¿Representa entre nosotros la prostitución el foco más intenso de propagación de las enfermedades venéreas? Para contestar a esta pregunta hay que tener en cuenta los siguientes hechos:

I. Las lesiones abiertas específicas, es decir, aquella que constituyen peligro inminente de contagio, son relativamente raras entre las mujeres inscritas.

II. Estas lesiones contagiosas son más frecuentes entre las mujeres que no están sujetas a control médico.

III. En los consultorios externos del Instituto de Higiene Social, que no son para mujeres públicas, se nota mucho más frecuencia de lesiones contagiosas que los destinados a esta clase de mujeres.

IV. Entre las prostitutas clandestinas, y entre aquellas mujeres que no se pueden considerar como tales, pero que sí pertenecen por su ambiente, a aquello que hemos designado como promiscuidad sexual, son frecuentísimas las lesiones venéreas contagiosas.

V. La mayor parte de los denuncios por contagio venéreo se refieren a mujeres clandestinas o que pertenecen a la clase a que ya hemos hecho referencia.

Estos hechos prueban claramente que la prostitución reglamentada, entre nosotros, no constituye el principal foco de propagación de las enfermedades venéreas, y que hay otros mucho más peligrosos, como son la prostitución clandestina y la promiscuidad sexual; luego debe conservarse la reglamentación.

Es claro que en los países de una vasta cultura higiénica, en los cuales la masa popular tiene conciencia del peligro venéreo, la regla-

mentación de la prostitución no es una medida que se imponga desde este punto de vista y que aún puede ser perjudicial; pero es más evidente que nuestro pueblo no se encuentra en este caso, y antes por el contrario, la falta de conciencia de las masas en éste como en todo sentido, es un hecho alarmante y desconsolador. Pero si los hechos anteriormente anotados nos dan asidero para considerar que la reglamentación debe conservarse, también estos mismos hechos, lo mismo que la consideración de todos los puntos que nos hemos permitido exponer, nos dan campo para formular nuestro criterio, apartándonos de los dos extremos: tanto del abolicionismo integral, como de la reglamentación prolija de la prostitución, sobre todo desde el punto de vista social.

La reglamentación debe conservarse, y aún debe ampliarse o intensificarse en todo aquello que se refiera al problema venéreo. Es decir, deben ponerse todas las medidas sanitarias que aseguren un mayor éxito de la campaña antivenérea en este sector social, y como una de éstas, quizá la no menos importante, suprimir todo lo que pueda hacer de las mujeres públicas una clase social determinada, pues el hecho de la reglamentación inconsulta ha venido a crear una clase social desheredada y paria dentro de la sociedad, cosa que a más de ser inhumana e incomprensible en una sociedad cristiana y civilizada, ha venido a confundir lastimosamente, en el vulgo de las gentes, la lucha contra las enfermedades venéreas con la prostitución propiamente dicha. De aquí que toda mujer enferma, con el temor de pertenecer o de que se le considere de una clase social abyecta y degradada, oculta su enfermedad venérea, rehuye la acción de la autoridad y se convierte por este hecho en un foco más peligroso de contagio que la verdadera prostituta.

Es indudable que lo que ha hecho de las prostitutas una clase social especial, con un sello característico e inconfundible, es la vida de lenocinio. El prostíbulo imprime sobre sus víctimas sus características, no sólo en el terreno psicológico y moral, sino también en los mismos rasgos físicos de la persona. Hé aquí un motivo nuevo, a nuestro modo de ver, el más poderoso, para llevar a cabo la supresión de los lenocinios.

Es evidente que también hay que tener en cuenta las medidas restrictivas y coercitivas de la prostitución; porque no sólo hay que extirpar las enfermedades venéreas, sino hay que luchar también contra la misma prostitución. Porque es concebible que una mujer se entregue por amor, por capricho, hasta por inclinación libidinosa, pero con la plena conciencia de sí, y en el uso de su libertad, sin que móviles extraños al acto mismo vengán a entabrar el uso de este derecho; pero que se convierta en un medio, en una esclava, en una cosa, en un instrumento de placer pagado, esto sí no es concebible, y hay que luchar por la emancipación de estas infelices máquinas de proporcionar placer.

Conclusiones y medidas que pueden adoptarse.

Como consecuencia del estudio rápido que hemos procurado hacer del medio ambiente y de las causas que favorecen la aparición de la prostitución, formulamos las conclusiones y medidas siguientes:

I. Levantar el nivel cultural, moral, social, religioso y económico del pueblo.

II. Lucha cada vez más intensa contra el alcoholismo, y sobre todo contra el chichismo.

III. Lucha, prohibición y sanción contra la trata de blancas.

IV. Como consecuencia de ésta, lucha y sanción eficaz contra la alcahuetería y el proxenetismo.

V. Lucha contra los lenocintos y supresión de éstos.

VI. Medidas coercitivas y restrictivas de la prostitución; pero encaminadas al buen éxito de la campaña antivénerea y al levantamiento moral de las prostitutas.

VII. Reglamentación prudente y moderada de la prostitución, sobre todo encauzándola en el sentido de activar y hacer verdaderamente eficaz en ésta, la lucha contra las enfermedades venéreas.

VIII. Establecimiento de un patronato que tenga por objeto la protección de la mujer joven en aquellos sectores sociales en los que por el medio ambiente, esté más expuesta a la prostitución.

IX. Establecimiento de instituciones dependientes del patronato, que tengan por objeto: la regeneración de las mujeres públicas, el asilo y preparación de las que estén en vía de regeneración, pero que por sus condiciones ambientes se les dificulte el encauzamiento en la vida honrada y de trabajo, y el asilo y estudio de aquellas que por sus taras hereditarias u otros factores congénitos, sean difíciles de corregir, y el propender en ellos por las condiciones ambientes en que se les coloque, la exaltación de los sentimientos nobles, la neutralización de los instintos malsanos, el avivamiento de las creencias religiosas, el amor al trabajo y el abandono de los hábitos de pereza y abulia, tan perjudiciales para su regeneración.

X. Empezar en las ciudades y sobre todo en los campos, una intensa labor de educación sexual, sana y en armonía con los preceptos de la moral cristiana y de la humanidad.

XI. Propender por el establecimiento, en las poblaciones de alguna importancia, de sucursales del Instituto de Higiene Social, con sus Inspecciones de Policía correspondientes.

XII. Exigir de estas oficinas un estudio pormenorizado sobre el medio ambiente, la prostitución local, promiscuidad sexual, enfermeda-

des venéreas, alcoholismo y demás factores que puedan intensificar y complicar el problema.

XIII. Recabar de los párrocos y autoridades locales, una ayuda y un aporte importante en la campaña contra la prostitución y las enfermedades venéreas.

A pesar de lo complicado del problema, de lo complejo, de lo difícil e intenso de la campaña contra la prostitución y las enfermedades venéreas, del esfuerzo gigantesco que supone, y en fin, de la multitud de obstáculos con qué luchar y qué vencer, tenemos profundo optimismo en los resultados, pues está al frente de esta campaña un hombre como el actual Director del Instituto de Higiene Social de Cundinamarca, cuya inteligencia dinamismo y espíritu organizador y de acción, aseguran el éxito. Nosotros, como sus colaboradores, ponemos al servicio de esta gran causa, nuestro optimismo, nuestro deseo de trabajo, y el aporte, no muy grande, pero sí muy sincero y entusiasta, de nuestros conocimientos.

Dr. Víctor Piñeros Piñeros.

